

para celebrar un sacrificio, trajo la noticia de esta derrota y de los reveses experimentados en Macedonia. Inmediatamente el Senado, temiendo que la república sufriese otro descalabro más deshonroso, envió á Macedonia como legados á M. Fulvio Flaco y M. Caninio Rebelio, para que se enterasen de lo ocurrido y dieran informe. Mandóse al cónsul A. Hostilio que fijase para el mes de Enero la reunión de los comicios consulares y que regresase á Roma lo más pronto posible. Al mismo tiempo se encargó al pretor M. Recio que llamase á Roma por un edicto á los senadores dispersos por toda Italia, exceptuando los que estaban ausentes en servicio de la república, y que notificase á los que se encontraban en Roma que no se alejasen á más de una milla. Ejecutáronse puntualmente las disposiciones del Senado. Reuniéronse los comicios consulares el cinco de las kalendas de Febrero, siendo nombrados cónsules Q. Marcio Filipo por segunda vez y Cn. Servilio Cepión. Tres días después se nombró pretores á C. Decimio, M. Claudio Marcelo, C. Sulpicio Galo, C. Marcio Fígulo, Ser. Cornelio Léntulo y P. Fonteyo Capitón. Además de las dos jurisdicciones de la ciudad, señalóse como provincias á los nuevos pretores España, Cerdeña, Sicilia y la flota. Á últimos de Febrero regresaron de Macedonia los legados, dando cuenta de los triunfos que había conseguido Perseo en aquella campaña, y del temor que se había apoderado de los aliados de Roma, al ver el considerable número de ciudades que habían caído en manos del rey. «Las filas del ejército consular estaban aminoradas por las licencias concedidas inmoderadamente para conquistar la benevolencia de los soldados. El cónsul atribuía la falta á los tribunos militares y éstos al cónsul.» Los senadores se enteraron de que se atenuaba en Roma la vergüenza del descalabro experimentado por la imprudencia de Claudio, diciendo

que toda la pérdida consistía en corto número de soldados italianos, procedentes de la leva realizada con precipitación. En cuanto entraron en funciones los cónsules designados, les instaron para que pusiesen á de liberación los asuntos de Macedonia y de Italia. Este año fué intercalar (1), y las kalendas intercalares (2) quedaron colocadas tres días después de las terminales (3). Señalóse por la muerte del augur L. Flaminio y por la de dos pontífices L. Furio Filo y C. Livio Salinator. T. Manlio Torcuato ocupó el puesto de Furio y M. Servilio el de Livio.

Al comenzar el siguiente año, después de deliberar acerca de las provincias consulares, invitóse á los nuevos cónsules Q. Marcio y Cn. Servilio para que se repartiesen cuanto antes ó sorteasen la Italia y la Macedonia; pero antes que decidiese la suerte, se quiso, para no dejar nada al favor, decretar los refuerzos que exigían las necesidades de cada provincia. Concedióse para Macedonia seis mil infantes y doscientos cincuenta caballeros romanos, seis mil de á pie y trescientos de á caballo de los aliados del nombre latino. Los veteranos

(1) El año de Numa era lunar y no tenía más que trescientos cincuenta y cinco días. Como faltaban diez días, cinco horas cuarenta y ocho minutos y cincuenta y siete segundos para que correspondiese el curso del año con el del sol, se intercalaba cada dos años un mes extraordinario entre los días veintitrés y veinticuatro de Febrero. Los pontífices tenían facultad para darle el número de días que considerasen necesario, y abusaban de esta facultad según su interés ó el de sus amigos. Por esta razón se encontraban trasladados los meses fuera de sus estaciones respectivas. Los meses de invierno fueron colocados en otoño y los del otoño en verano. Para corregir este desorden, suprimió César su origen, el uso de las intercalaciones, y arregló el año según el curso del sol.

(2) Esta fiesta, instituida por Numa en honor del dios Término, caía hacia el 21 de Febrero.

(3) Llamábase así el día primero del mes intercalario.

BIBLIOTECA ALFONSO X  
HISTORIA ROMANA  
M. A. L.

debían recibir la licencia, de manera que cada legión romana solamente constase de seis mil infantes y trescientos caballos. En cuanto al otro cónsul, no se limitó el número de ciudadanos romanos que podía comprender en las nuevas levadas; ordenándole solamente que formase dos legiones, compuestas de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Pero se le concedió mayor número de aliados latinos que á su colega; á saber: diez mil hombres de á pie y seiscientos caballos; encargándosele además que formase cuatro legiones dispuestas á marchar en caso necesario; pero los cónsules no tuvieron derecho á nombrar tribunos, eligiéndolos el pueblo. El contingente que se exigió á los aliados del nombre latino fué de diez y seis mil infantes y mil caballos; debiendo estar dispuestas las fuerzas á marchar en cuanto lo exigiesen las circunstancias. La Macedonia inquietaba especialmente al Senado, ordenando por ello alistar en Italia, para el servicio de la flota, mil ciudadanos romanos de la clase de libertos y número igual en Sicilia. El cónsul á quien la suerte concediese la Macedonia, recibía encargo de llevar allá sus soldados, en cualquier punto en que se encontrase la flota. Para España se decretó un refuerzo de tres mil infantes y trescientos caballeros romanos; fijándose el número de soldados que habían de servir en aquella provincia en cinco mil hombres de á pie y trescientos treinta caballos por legión. El pretor que obtuviese la España recibía orden de exigir de los aliados españoles cuatro mil hombres de á pie y trescientos caballos.

No ignoro que actualmente no se cree en los presagios que envían los dioses, y que por esta razón, ni se publican los prodigios ni se consignan en los anales. Pero al escribir la historia de remotos tiempos, mi ánimo se eleva naturalmente á lo antiguo, y no puedo considerar como indigno de figurar en mis anales hechos

que la sabiduría de nuestros mayores creyó dignos de publicidad. En aquel año se anunciaron prodigios en Anagnina: los habitantes habían visto brillar una llama en los aires y oído hablar á una vaca que alimentaban á expensas de la ciudad. En los mismos días había aparecido inflamado el cielo en Minturno. En Reata llovieron piedras. En Cumas, la estatua de Apolo, colocada en la fortaleza, lloró durante tres días y tres noches. En Roma dijeron dos sacerdotes, uno que muchas personas habían visto en el templo de la Fortuna una serpiente con cresta; el otro, que en el de la Fortuna Primigenia, situado en el monte Quirinal, habían ocurrido dos prodigios, del suelo había brotado una palma, y había llovido sangre en pleno día. Otros dos prodigios ocurrieron también en que no se fijó la atención, porque el primero ocurrió en sitio particular y el segundo en ciudad extranjera. T. Marcio Fígulo decía que en su patio había brotado una palmera, y se refería que en Fregelas, una lanza que L. Atreo había comprado para su hijo, que se encontraba en el ejército, había ardiendo en la casa en pleno día, durante más de dos horas, sin que el fuego la hubiese estropeado en nada. Habiendo consultado los decenviros los libros sibilinos con relación á los prodigios que interesaban á la república, indicaron los dioses á quienes debían sacrificar los cónsules cuarenta víctimas mayores; ordenaron también rogativas, sacrificios de víctimas mayores que los magistrados reunidos ofrecerían en todos los templos y á los que asistiría el pueblo coronado; haciéndose todo como dispusieron los decenviros.

En seguida se anunciaron los comicios para la elección de censores; presentándose candidatos los notables ciudadanos C. Valerio Levino, P. Postumio Albinus, P. Mucio Scévola, M. Junio Bruto, C. Claudio Pulcher y Ti. Sempronio Graco. El pueblo romano eligió á

los dos últimos. Como la importancia de la guerra de Macedonia hacía que se prestase á las levás más atención que de ordinario, los cónsules se quejaron al Senado de la indiferencia del pueblo y acusaron á la juventud de no responder al llamamiento. Los pretores C. Sulpicio y M. Claudio tomaron la defensa del pueblo, diciendo: «Las levás solamente son difíciles para los cónsules celosos de conquistar el afecto del pueblo, porque no obligan á nadie á alistarse. Para no dejar á los Padres conscriptos duda alguna sobre esto, ofrecían, si el Senado se dignaba permitirlo, hacer las levás, aunque no eran más que pretores y tenían mucha menos autoridad que los cónsules.» Los senadores aceptaron por unanimidad la proposición de los pretores, lo cual no dejó de valer á los cónsules algunas frases satíricas. Para apoyar aquella decisión, convocaron al pueblo los censores y declararon «que además del juramento pronunciado por cada ciudadano en el día del censo, exigirían otro por el cual todo varón menor de cuarenta y cinco años tendría que acudir al llamamiento de los censores, y si no estaba alistado, habría de presentarse cuantas veces hubiese leva, durante la censura de C. Claudio y Ti. Sempronio.» Además, como corría el rumor de que muchos soldados de las legiones de Macedonia se encontraban ausentes del ejército por consecuencia de licencias de favor, debidas á la interesada complacencia de los generales, dieron un edicto concerniente á los soldados alistados para Macedonia bajo el cónsulado de P. Elio y de C. Popilio ó después.» Los que de ellos se encontrasen en Italia debían presentarse para prestar nuevo juramento ante los censores y estar dispuestos á regresar á su provincia en el plazo de treinta días: los que se encontraban bajo la potestad de padre ó de abuelo debían presentarse para dar sus nombres. Los censores examinarían los motivos de las

exenciones, y los que habían obtenido licencias de favor (1) antes de cumplir el tiempo de servicio, quedarían obligados á regresar al ejército.» Enviáronse el edicto y la carta de los censores á las ciudades y pueblos, y tantos jóvenes acudieron á Roma, que aquella considerable multitud llegó á ser carga para la ciudad.

Además del alistamiento de los refuerzos que se creían necesarios, el pretor C. Sulpicio formó cuatro legiones y el alistamiento quedó terminado en once días. Los cónsules sortearon en seguida las provincias, cosa que los pretores habían hecho antes para no dejar por mucho tiempo vacante los tribunales. La jurisdicción urbana había tocado á C. Sulpicio y la de los extranjeros á C. Decimio, M. Claudio Marcelo había recibido la España; Ser. Cornelio Léntulo, la Sicilia; P. Cornelio Capítón la Cerdeña; y C. Marcio Figulo, la flota. En cuanto á los cónsules, la suerte dió la Italia á Cn. Servilio y la Macedonia á Q. Marcio, que partió para su provincia inmediatamente después de las ferias latinas. En seguida, habiendo pedido Cepión al Senado que designase en los nuevos alistamientos las dos legiones que había de llevar á la Galia, los Padres remitieron la elección á los pretores C. Sulpicio y M. Claudio que acababan de alistarlas. Indignado el cónsul al verse puesto á discreción de los pretores, levantó la sesión; pero se presentó ante su tribunal y les pidió que le designasen las legiones según los términos del senatus-consulta. Los pretores le dejaron la libertad de elegir. Los censores revisaron en seguida el Senado, siendo nombrado por tercera vez príncipe de aquel orden M. Emilio Lépido, excluyéndose siete de la lista de se-

(1) Dábase este nombre á la licencia obtenida por favor del general, antes del término legal (veinte años para los infantes y diez para los caballeros). La licencia legitimamente obtenida se llamaba *honesta missio*.

nadores. Habiendo conocido por el censo del pueblo el considerable número de soldados que habían abandonado el ejército de Macedonia, los censores les obligaron á volver á sus puestos. Revisaron las licencias y obligaron á los que parecía que las habían obtenido antes del tiempo prescrito á prometer bajo juramento «que regresarían gustosos á la provincia de Macedonia y se conformarían de buena fe con el edicto de los censores C. Claudio y Ti. Sempronio.»

En la revista de los caballeros, los censores desplegaron excesivo rigor, privando á muchos de sus caballos. Esta severidad indispuso con ellos al orden ecuestre, cuyo descontento aumentaron con un edicto que «prohibía á todos aquellos que, bajo la censura de Q. Fulvio y de A. Postumio habían tomado en arrendamiento las rentas ó impuestos públicos, se presentasen á nuevas licitaciones (*ad hastam suam*) (1) ó asociarse hasta indirectamente á ellas.» Los antiguos arrendatarios habían presentado frecuentemente quejas al Senado contra el poder de los censores, pidiendo que les señalasen límites; y al fin encontraron defensor de su causa en el tribuno del pueblo P. Rutilio, irritado contra los censores á consecuencia de una cuestión particular. Los censores habían obligado á un liberto, cliente de Rutilio, á derribar una pared que había hecho levantar en la Vía Sacra, so pretexto de que avanzaba sobre la vía pública. Aquel hombre apeló á los tribunos; pero como nadie, exceptuando Rutilio, se oponía, los censores realizaron un embargo en su casa y le multaron. De aquí surgió un altercado; los arrendatarios antiguos recurrieron al tribuno, y en el acto publicó éste en su nombre un proyecto de ley «que anulaba las adjudicaciones hechas

(1) *Hasta censoria* ó *locationis* era una pica que clavaban los censores en la plaza pública cuando arrendaban las rentas del Estado.

por C. Claudio y Ti. Sempronio, y autorizaba indistintamente á todos los ciudadanos para presentarse en las subastas.» El tribuno señalaba á la vez el día en que sometería al pueblo el proyecto de ley. Cuando llegó el día se presentaron los censores para combatir el proyecto: escuchóse con calma á Graco; pero viendo Claudio que le interrumpían con murmullos, mandó al pregonero que impusiese silencio. Ofendido el tribuno, se quejó de aquella usurpación de sus derechos (1) que afectaba á su dignidad, y se retiró del Capitolio, donde se celebraba la asamblea. Al día siguiente reinó allí mucho tumulto. En primer lugar, declaró el tribuno consagrados á los dioses los bienes de Tiberio Graco (2) por haber menospreciado la autoridad tribunicia, castigando con embargo y multa, á pesar de su oposición, á un ciudadano que había apelado á la autoridad de los tribunos. En seguida citó á C. Claudio ante el pueblo, acusándole de haber usurpado sus poderes en una asamblea que presidía él, declaró que perseguiría á los dos censores por delito de Estado, y pidió al pretor urbano C. Sulpicio que señalase día para los comicios. Habiendo declarado los censores que no se negaban á que cuanto antes les juzgase el pueblo, señalóse la reunión de los comicios para aquel juicio para el ocho y siete antes de las kalendas de Octubre. En seguida subieron los censores al atrio de la Libertad (3), y después de

(1) Nadie tenía derecho para ocupar la presidencia de una asamblea convocada por los tribunos, cosa que, según Aulo Gelio, se permitía á algunos magistrados en otras asambleas.

(2) Los tribunos usaban á veces de una manera de confiscación que consistía en consagrar los bienes de un ciudadano á una divinidad cualquiera. Desde este momento el propietario quedaba sin derecho sobre ellos. Pero á tal punto había llegado el abuso de esta medida, que frecuentemente no se hacía caso de ella.

(3) Este edificio se encontraba sobre el Aventino. Ordinariamente se reunían en él los censores y allí tenían sus archivos.

sellar los registros, cerrar los archivos y despedir los siervos públicos (1), declararon que no se ocuparían de ningún asunto público hasta que el pueblo decidiese acerca de ellos. El primero que compareció fué Claudio. Ocho de las doce centurias de los caballeros y otras muchas de la primera clase habían votado ya por el castigo, cuando de pronto, los principales personajes del Senado, quitándose los anillos delante de la multitud, vistieron ropas de luto, y con aquel aparato de suplicantes pidieron al pueblo la absolucíon de los acusados. Pero nada influyó tanto en los ánimos como las palabras de Graco. Oyendo exclamar por todas partes que nada tenía que temer, declaró con solemne juramento que si era condenado su colega, le acompañaría al destierro, sin esperar á que el pueblo decidiese acerca de él. Claudio corrió, sin embargo, grave peligro, faltando solamente para su condenación el voto de ocho centurias. Absuelto Claudio, el tribuno declaró que renunciaba á perseguir á Graco.

Aquel mismo año, á petición de los legados de Aquileia, que solicitaban aumento del número de colonos, el Senado mandó inscribir mil quinientas familias y designó para llevarlas á los triunviros T. Annio Luseo, P. Decio Subulón y M. Cornelio Cethego. El mismo año, los legados enviados á Grecia, C. Popilio y Cn. Octavio, leyeron públicamente, primero en Tebas y después en todas las ciudades del Peloponeso, el senatus consulto que prohibía «suministrar nada á los magistrados romanos para las necesidades de la guerra, sino solamente lo que había pedido el Senado.» Esta disposición inspiró á las ciudades confianza de que en lo sucesivo se verían libres de las cargas y gastos que cada

(1) Los esclavos pertenecientes á la república servían en sus funciones, no solamente á los censores, sino también á los pretores, los ediles, cuestores y otros magistrados.

uno les imponía á su antojo y que las abrumaban. En la asamblea de los aqueos, celebrada en Argos, los legados hablaron con benignidad y se les escuchó con agrado, y dejando á aquella fiel nación con felices esperanzas para lo porvenir, pasaron á Etolia. No había estallado todavía en este país la guerra intestina, pero reinaba por todas partes la desconfianza, revelándose en recíprocas acusaciones; por esta razón, no pudiendo los legados terminar nada, pidieron rehenes, y partieron para la Acarnania. Los acarnanios les recibieron en Tyrio: también estaban allí revueltos los partidos, y algunos ciudadanos, de los más notables, pidieron garantías romanas para sus ciudades con objeto de que algunos insensatos no arrastrasen á la nación al partido de los macedonios. Otros, por el contrario, suplicaban á los magistrados romanos que librasen á las ciudades pacíficas y aliadas una vergüenza reservada ordinariamente á las enemigas tomadas por la fuerza. Considerando justas estas observaciones, regresaron los legados á Larisa, reuniéndose con el cónsul Hostilio, de quien habían recibido la misión. Hostilio conservó á Octavio á su lado y envió á Popilio á que se internase en Ambracia con cerca de mil soldados.

Perseo no se había atrevido á salir de Macedonia al principio del invierno, temiendo que los romanos se arrojasen sobre su reino desprovisto de defensores; pero á mediados de la estación, en la época en que las nieves hacen inaccesibles las montañas por el lado de Tesalia, creyó la ocasión favorable para abatir el valor y las esperanzas de sus vecinos, con objeto de no tener nada que temer cuando se ocupase de combatir á los romanos. Tranquilo por el lado de la Tracia, donde reinaba Cotys; del lado del Epiro, que Céfalo acababa de separar de la alianza de los romanos; dueño de los dardanos, que había sometido poco tiempo antes, vió clara-

mente que la Macedonia solamente estaba descubierta por la parte de la Iliria, cuyos habitantes comenzaban á removerse y hasta daban paso á los romanos. La conquista de las provincias vecinas de la Iliria podía además poner término á la irresolución que mostraba desde muy atrás el rey Gencio y atraerle á su partido. Decidido por estas consideraciones, se puso en marcha con diez mil infantes, tomados en parte de la falange, dos mil hombres de tropas ligeras y quinientos caballos y llegó á Stubera. Allí tomó provisiones de trigo para muchos días, y mandando que le siguiese el material para sitiar ciudades, acampó al tercer día cerca de Uscana, la ciudad más importante de la comarca penestiana. Pero antes de apelar á la fuerza, hizo sondear las disposiciones de los jefes de la guarnición y de los habitantes principales. La ciudad encerraba un cuerpo de tropas romanas y considerable número de soldados ilirios. Como los relatos de sus emisarios anunciaban disposiciones pacíficas, Perseo comenzó el sitio y rodeó la plaza. Sus soldados se relevaban sin descanso noche y día, unos procurando escalar las murallas, otros prendiendo fuego á las puertas; los sitiados por su parte hacían frente á los ataques, esperando que los macedonios, privados de abrigo, no podrían soportar mucho tiempo el rigor de la estación, y que el ejército romano no permitiría al rey detenerse el tiempo necesario para rendirles. Pero cuando vieron acercar los manteletes y levantar las torres, decayó su constancia; porque, además de que no se encontraban en estado de resistir las fuerzas enemigas, no tenían en la ciudad trigo ni provisiones de ninguna clase, no esperando verse sitiados. Así, pues, habiendo perdido toda esperanza de resistir, el spoletino C. Servilio y C. Afranio se presentaron, á nombre de la guarnición romana á pedir permiso á Perseo para salir de la ciudad con armas y ba-

gajes, ó al menos conservando la vida y la libertad. El rey se apresuró más á prometer que á cumplir con fidelidad; porque en el momento en que se retiraban llevando lo que les pertenecía, les hizo desarmar primeramente y en seguida les declaró prisioneros. Inmediatamente después de la partida de los romanos, la cohorte de los ilirios, que constaba de cinco mil hombres, y los uscanios, se rindieron.

Perseo, habiendo dejado guarnición en Uscana, llevó á Stubera todos sus prisioneros, cuyo número casi igualaba al de un ejército. No conservando á su lado más que á los jefes, distribuyó los soldados romanos en número de cuatro mil, en las ciudades en que debían quedar prisioneros, y mandó vender los uscanos é ilirios. En seguida llevó su ejército á la Penestia y marchó sobre la ciudad de Oenea, que quería someter. Esta ciudad, además de la ventaja de su posición, le abría la entrada del país de los labeatos, sobre los que reinaba Gencio. Cuando pasaba de una plaza fortificada, cuyo nombre era Draudaco, uno de los que conocían el país le manifestó la completa inutilidad de la toma de Oenea, si no se apoderaba también de Draudaco, cuya posición era mucho más ventajosa en todos conceptos. Perseo mandó avanzar sus tropas, y la ciudad se rindió en seguida. Alentado por aquel triunfo, más rápido de lo que esperaba, y viendo el profundo terror que inspiraba su ejército, lo aprovechó para rendir otras muchas fortalezas, de las que muy pocas opusieron resistencia, sometiéndose voluntariamente todas las demás. En aquellas diferentes plazas encontró Perseo mil quinientos soldados romanos, que habían distribuido en ellas para defenderlas. El spoletino Cervilio, al asegurar que sus compañeros y él no habían recibido ningún mal tratamiento por parte del rey, le sirvió de mucho en las negociaciones. Al fin llegaron bajo las murallas

de Oenea, ciudad que solamente podía tomarse por medio de sitio formal, porque su guarnición era más considerable que la de las otras y sus murallas mucho más fuertes. Defendíanla además, por un lado el río Arato y por otro una montaña muy alta y de difícil acceso; lo que daba á los habitantes la esperanza de resistir. Perseo, habiendo rodeado la ciudad, comenzó á elevar hacia la parte superior una terraza cuya altura sobrepusase la de las murallas. Durante esta operación, los sitiados hacían frecuentes salidas para preservar sus murallas y retrasar las obras del enemigo, pero en aquellos combates perdieron mucha gente y los supervivientes, extenuados por la fatiga y las vigiliass y debilitados por las heridas, no se encontraban en condiciones de pelear. Así, pues, en cuanto la terraza tocó á la muralla, la cohorte real, cuyos soldados llevan el nombre de nicatores, la cruzó sin dificultad, escalando las murallas y penetrando por todos lados en la plaza. Todos los hombres en estado de manejar las armas fueron exterminados, las mujeres y los niños reducidos á esclavitud y el botín abandonado á los soldados. De regreso á Stubera, el vencedor envió en legación á Gencio al ilirio Pleurato, que se había refugiado en su corte, y al macedonio Adeo, de la ciudad de Berea. Estos llevaban encargo de manifestar al rey los triunfos que Perseo había conseguido sobre los romanos y los dardanos durante el verano y el invierno que acababa de transcurrir, darle á conocer el éxito de la reciente expedición á la Iliria, á pesar del rigor de la estación, y exhortarle á que contrajese alianza con él y los macedonios.

Atravesando los legados la cumbre del monte Scordó, cruzaron la parte de la Iliria que los macedonios habían convertido en desierto para impedir á los dardanos que pasasen á la Iliria ó la Macedonia, y después de im-

probos trabajos, llegaron al fin á Scodra. El rey Gencio se encontraba en Liso é invitó á los legados á que fuesen allí á verle; les oyó con benevolencia y les contestó con ambigüedad, diciendo «que se encontraba muy dispuesto á hacer la guerra á los romanos; pero que, á pesar de su deseo, la falta de dinero no le permitía intentar nada.» Perseo recibió aquella contestación en Stubera, donde se ocupaba de la venta de prisioneros de Iliria, y en el acto envió de nuevo á los legados, uniéndoles Glaucias, guardia suyo, pero sin hacer mención de dinero, único motivo que puede inducir á que haga la guerra un rey bárbaro y pobre. En seguida Perseo, después de saquear á Ancira, llevó de nuevo su ejército á la Penestia, reforzó las guarniciones de Uscana y de las plazas inmediatas, de que se había apoderado, y regresó á Macedonia.

L. Celio mandaba en Iliria como legado romano. Mientras se encontró Perseo en el país, no se atrevió á moverse; pero después de la marcha del rey, trató de recobrar Uscana, en Penestia, siendo rechazado por la guarnición macedónica que defendía la ciudad, y habiendo recibido él mismo muchas heridas, llevó sus tropas á Licnido. Pocos días después envió á Penestia á M. Trebelio, fregelano, con fuerzas bastante considerables, para recibir rehenes de las ciudades que habían permanecido fieles; mandándole que avanzase hasta el país de los parthinos, que también habían convenido en entregar rehenes. Las dos naciones obedecieron sin dificultad. Los rehenes de los penestinos fueron enviados á Apolonia y los de los parthinos á Dirraquio, ciudad que entonces conocían más los griegos con el nombre de Epidamno. Deseando Ap. Claudio lavar la vergüenza que había caído sobre él en Iliria, emprendió el sitio de Fanota, fortaleza del Epiro, llevando con el ejército romano un cuerpo de seis mil auxiliares athamanos y

BIBLIOTECA ALFONSO XIII  
II. 1. 11

thesprotas. Pero su tentativa fracasó ante el valor de Clevas, á quien Perseo había dejado allí con fuerte guarnición. Perseo, por su parte, marchó hacia Elimea, y después de revistar su ejército en los alrededores de la ciudad, marchó hacia Strato, donde le llamaban los etolios. Situada Strato al otro lado del golfo de Ambracia, cerca del río Aquelous, era entonces la ciudad más fuerte de la Etolia. La dificultad de los caminos no le permitió llevar más de diez mil infantes y trescientos caballos. Llegando al tercer día al pie del monte Cicio, costóle mucho trabajo cruzarlo, á causa de la mucha nieve, y no encontró paraje propicio para acampar. En seguida partió, más por la dificultad de permanecer allí, que con la esperanza de encontrar caminos mejores y temperatura soportable, y después de dos días de penosa marcha, especialmente para las bestias de carga, estableció su campamento cerca del templo de Júpiter Niceno. En seguida se puso de nuevo en marcha, y después de recorrer extenso espacio, se detuvo cerca del río Aractho, cuya profundidad le detuvo. Pero lanzó un puente sobre el río para que pasasen sus tropas, y después de un día de marcha, encontró á Arquidamo, jefe de los etolios, que había de entregarle á Strato.

Aquel día acampó en la frontera etolia, y dos después llegó á Strato, colocando su campamento cerca del río Aquelous. Esperaba ver salir en tropel á los etolios implorando su protección, pero encontró las puertas cerradas y supo que la noche misma de su llegada había entrado en la ciudad guarnición romana al mando del legado C. Popilio. Los ciudadanos principales habían llamado á Perseo, cediendo á la influencia y autoridad de Arquidamo; pero después de su marcha, se enfrió su celo, fácilmente se sobrepuso el partido opuesto é hizo venir de Ambracia á Popilio con mil soldados. Al mismo tiempo llegó Dinarco, jefe de la caballería etolia, con

seiscientos infantes y cien caballos; no ignorando nadie que había ido á Strato con el propósito de unirse á Perseo, pero sus propósitos cambiaron con la fortuna y se reunió con los romanos, á quienes venía á combatir. No se encontraba tranquilo Popilio en aquella población tan inconstante, por lo que en el acto se apoderó de las llaves de las puertas, de la custodia de las murallas, y relegó á la fortaleza á Dinarco, los etolios y los jóvenes de Strato, so pretexto de encargarles su defensa. Acampado Perseo en las alturas que dominan la parte más elevada de la ciudad, trató de entablar negociaciones; pero viendo que nada conseguía, y hasta que, con nubes de venablos, le impedían acercarse á las murallas, trasladó su campamento á cinco millas de la ciudad, al otro lado del río Petitaro. Allí reunió consejo; Arquidamo y los tráfugas epirotas le instaban vivamente para que permaneciese; pero los jefes macedonios opinaban que no debía luchar con los rigores de la estación. Decían además que, careciendo de provisiones, los sitiadores padecerían hambre antes que los sitiados; debiéndose temer también la proximidad de los cuarteles de invierno del enemigo. Esta última razón fué la que decidió á Perseo marchar hacia la Aperancia, siendo recibido con unánime aplauso de los habitantes, gracias á la influencia que en ellos ejercía Arquidamo. Allí quedó el mismo Arquidamo con ochocientos hombres para guardar el país.

El rey volvió á emprender el camino de Macedonia con iguales fatigas para hombres y bestias. El rumor de su marcha hacia Strato hizo que Appio levantase el sitio de Fanota, saliendo Cloas en persecución suya con un cuerpo de sus soldados más ágiles, y, alcanzándole al pie de una cadena de montañas casi inaccesibles, le mató mil hombres retrasados en su marcha por los bagajes y le hizo doscientos prisioneros. Habiendo

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA DE ESTADIA

salido Appio de aquellos desfiladeros, concedió algunos días de descanso á sus soldados, en la llanura llamada Eleón. Clevas, por su parte, habiendo tomado consigo á Filistrato, jefe de los epirotas, penetró por los campos antigonenses. Allí, mientras los macedonios se dispersaban para saquear, Filostrato se colocó en emboscada en un valle cubierto de bosque. La guarnición de Antigonea salió contra los merodeadores desparramados por los campos, y animándose en la persecución de los fugitivos, se precipitó desordenadamente en el valle cercado por el enemigo, donde dejó mil muertos y cien prisioneros. Después de estos dos triunfos, marchó Clevas á acampar cerca de donde se encontraba Appio, para proteger á sus aliados contra los ataques de los romanos. Cansado Appio de perder tiempo en aquel punto, despidió las fuerzas de los caonios, con las que tenía soldados epirotas, regresó á Iliria con las tropas italianas, y después de distribuir las en las ciudades de la Penestia, para que invernasen en ellas, regresó á Roma, donde tenía que celebrar un sacrificio. Por su parte Perseo, habiendo llamado de la Penestia mil infantes y doscientos jinetes, los envió de guarnición á Cassandra. A poco regresó la segunda legación enviada á Gencio, trayendo igual respuesta; lo que no impidió que Perseo renovase muchas veces sus tentativas, para conseguir una alianza que de tanto le habría servido; pero nunca pudo decidirse á hacer el menor gasto en asunto tan ventajoso.

FIN DEL LIBRO XLIII.

## LIBRO XLIV.

### SUMARIO.

Q. Marcio Filipo penetra en Macedonia.—Legación de los rodios.—Encárgase la guerra á Paulo Emilio: su ruego á los dioses; su marcha á Macedonia y victoria sobre Perseo.—Hostilidades de Gencio, rey de Iliria.—Su derrota y prisión con toda su familia.—Legación del rey Ptolomeo y Cleopatra.—Tentativas de Perseo cerca de Eumeno y Gencio.

Al comenzar la primavera que siguió al invierno en que acontecieron estas cosas, el cónsul Q. Marcio Filipo partió de Roma con cinco mil hombres destinados á reforzar las legiones de Macedonia y llegó á Brindis. M. Popilio, varón consular, y otros jóvenes romanos de nobles familias siguieron al cónsul á Macedonia con el título de tribunos de los soldados. El pretor C. Marcio Fígulo, que tenía el mando de la flota, acudió al mismo tiempo á Brindis y juntos dejaron la Italia; recalaron en Corcira al día siguiente y al tercero llegaron á Accio, puerto de la Acarnania. Habiendo desembarcado el cónsul cerca de Ambracia, se dirigió por tierra á Tesalia. El pretor, después de doblar el promontorio de Leucata, entró en el golfo de Corinto, dejó las naves en Creusa, continuando el camino por tierra, atravesó la Beocia, y con rápida marcha de un día, se reunió á la flota en Calcis. Encontrábase entonces A. Hostilio acampado